

**BOLETIN ECLESIASTICO**

DEL

**OBISPADO DE PLASENCIA.**

---

Esta publicacion oficial tiene por objeto el facilitar el gobierno de la Diócesis. Saldrá dos veces al mes, en los dias que disponga el Prelado. Se harán las suscripciones en la Secretaria de Cámara á DIEZ REALES cada semestre adelantados, y tambien las reclamaciones de los números que no lleguen á su destino.

---

**SANTA MISION DE DON BENITO.**

Nuestro Ilmo. y dignísimo Prelado, que antes de su venida á la Diócesis habia tenido ocasion de apreciar muy de cerca los maravillosos resultados, que producen las Santas Misiones en los pueblos que tienen la dicha de recibirlas, deseaba con ardor que fuesen conocidas entre sus amados Diocesanos, porque en ellas creia ver hoy mas que nunca el dique de mayor resistencia, que en nuestros dias puede oponerse á la pérdida de la fé que nos amenaza, y al desbordamiento de costumbres que por todas partes se advierte y se toca. A este fin, instalado apenas en la Diócesis, pudo lograr, no sin tener que vencer antes graves dificultades, el que los tan virtuosos como sábios y celebrados PP. de la Compañía, Maruri y Gelabert, vienesen á dar ejercicios espirituales á todo el Clero, para que lleno este de un santo y evangélico fervor fuese á difundirlo á la vez entre aquellos, con quienes por razon de su oficio y de su ministerio habria necesariamente de tratar y comunicar, y movidos así el Clero y los fieles de ese espíritu de



fervor, que tan indispensable es para que las Misiones fructifiquen en los pueblos, recibéndolas con entusiasmo santo y recta preparacion de ánimo, acudiesen al Prelado para que les facilitáse varones apostólicos que fuesen á llevar, sembrando entre ellos la palabra divina, consuelo á su corazon angustiado á su alma el valor de que tanto necesita para defender con denuedo la fé no perdida, pero desgraciadamente bastante debilitada.

Por fortuna, cuando habian ya trascurrido cuatro años y el Prelado se preparaba á renunciar á sus alagüeñas esperanzas, la ciudad de Don Benito que en todas ocasiones ha dado muestras inequívocas de los sentimientos religiosos de que se hallan animados todos sus habitantes, vino á derramar sobre el corazon angustiado de su Obispo el bálsamo suave, único capaz de aliviarse; se le hace saber por medio de algunas personas piadosas de aquel pueblo los grandes resultados que allí causaria una Santa Mision. Y el Ilmo. Prelado, despues de haber vencido dificultades y contradicciones en abundancia les envió en el mes último á los RR. PP. Franciscanos D. Clemente Calzada y D. Juan José Reyes, que fueron acogidos cual era de esperar de la religiosidad de los de D. Benito; y el fruto ha sido escelente, admirable como lo es regularmente en todos los pueblos que tienen la gran dicha de oír las Santas Misiones. La Santa Mision, pues, se ha verificado y la ciudad de Don Benito se ha llenado de gloria, adquiriendo un título mas de reconocimiento hácia su piedad, su fé y su veneracion á las cosas santas y sagradas. ¡Ojalá que los demás pueblos de la Diócesis de Plasencia tomen ejemplo del tan singular y edificante que acaba de darles la ciudad de Don Benito!

---

**LA CONFESION Y LA COMUNION  
CONSIDERACIONES SOBRE SU INFLUENCIA MORAL  
Y CIVILIZADORA.**

La confesion es una cosa muy útil y un freno al crimen, inventado en la mas remota antigüedad. El pueblo se confesaba en la celebracion de todos



los antiguos misterios, y nosotros hemos imitado y santificado esta sábia costumbre, muy oportuna para inducir al perdón á los corazones ulcerados por el odio.

*Voltaire.*

En la legislación de Moisés hallamos ya instituida la confesion como un freno impuesto á las pasiones, al vicio y al crimen.

*Hombre, ó mujer, dice, cuando cometiesen alguno de los pecados que suelen acaecer á los hombres, y por negligencia traspasaren el mandamiento del Señor, y delinquieren, confesarán su pecado.*

Este precepto revelado por Dios fué observado en todos tiempos y se halla consignado en los sagrados libros del antiguo testamento. Mas tarde, despues que Jesucristo hubo derramado su sangre para salvarnos, y cuando envió los apóstoles á predicar lo que él les habia enseñado, les dijo:

*A los que perdonáreis los pecados perdonados les son: y á los que se los retuviéreis, le son retenidos;* con cuyas palabras quedó instituido el sacramento de la Penitencia.

Tenemos, pues, que la confesion es un precepto divino, revelado por el Señor á Moisés, y enseñado y mandado observar por Jesucristo. En las palabras que este dirigió á sus discípulos vemos tambien que dió facultad á sus ministros para absolver y perdonar los pecados.

La confesion es por lo tanto un deber, del cual no podemos apartarnos sin faltar á Dios. ¿Cómo, pues, yace tan olvidado? ¿porqué unos lo ridiculizan y lo desprecian, y otros lo miran con indiferencia? Si la confesion



no tuviese mas que un fin religioso, si no se refiriese mas que á la salvacion de las almas, lo comprenderiamos, porque en una época en que domine por completo el materialismo, en que se está tanto por lo que erróneamente llaman *lo positivo*, se comprende que el hombre mire con desdén los preceptos de la religion, que tienden siempre á elevar el espíritu; á apartarnos del fango de la materia; á acercarnos continuamente á la dicha celestial, imperecedera. Pero la confesion no es solo un precepto religioso, sino que lo es tambien moral y civilizador, y nos sorprende que sea rechazado en un siglo en que la civilizacion y el progreso se hallan en boca de todos. Nadie negará que la moral, ya que no se quiera la religion, aunque para nosotros sin esta no existe aquella, es la base de la felicidad y del bienestar, y por lo tanto, ¿porqué se ha de despreciar uno de los medios mas eficaces para conducir al hombre por el camino de la virtud?

Mírese bajo el aspecto que se quiera, el tribunal de la Penitencia es siempre sublime, y produce ópimos frutos. El sacerdote revestido con el carácter de ministro del Señor, de juez, de padre y de amigo, espera bondadoso al criminal, al pecador que vaya lumillado á descargar el peso de su conciencia. ¿Quién temerá acercarse á este tribunal dispuesto siempre á perdonar, cuando halla verdadero arrepentimiento? ¿Quién no buscará en sus faltas al juez que perdona, al padre que aconseja y al amigo que consuela? ¿Porqué pues, hay tantos que pasan su vida sin postrarse nunca ante ese bondadoso Tribunal? Si buscáramos los motivos de este olvido, de seguro que el mas poderoso lo hallariamos en el orgullo y en la vanidad; en estas pasiones que nos inducen siempre al mal. ¿Porqué, dicen muchos, he de



*humillarme á otro hombre, y confiarle mis secretos, y revelarle mis faltas? ¡Cuanta vanidad encierran estas palabras! ¡Otro hombre! El sacerdote es en verdad un hombre como nosotros, pero se halla revestido del sagrado carácter de ministro del Señor; carácter que le hace superior á los demás hombres. Y si le contemplamos en el Tribunal de la Penitencia, no solo vemos al ministro; sino al juez á quien el Hijo de Dios dice: *todo lo que ligáreis sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será también desatado en los cielos.**

El sacerdote es, digámoslo así, un representante del Señor, con la potestad de absolver los pecados del mundo. El hombre, pues, no confiesa sus faltas á otro hombre; las confiesa al Criador. Por esto al comenzar dice el penitente: *Yo, pecador, me confieso á Dios.* Y en efecto, las faltas cometidas son siempre un secreto para el mundo, y solo el Eterno Padre las escucha. El sacerdote en nombre de Dios las recibe y encierra en el fondo de su alma: en nombre de Dios aconseja y consuela al pecador; y en nombre de Dios le perdona, diciendo: *Yo te absuelvo tus pecados en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

El temor, la vergüenza podrian ser causa tal vez del retraimiento que se observa acerca el Sacramento de la Penitencia. Si hubiesen de hallar en él un severo castigo se comprenderia ese temor; pero cuando les aguarda la benevolencia y el perdón ¿qué temen? ¿Será quizá la vergüenza la que impida confesar los pecados que se han cometido? Natural es que el hombre se ruborice por haber sido tan débil en cometer una grave falta, pero téngase presente que el no querer confesarla es una debilidad mucho mayor que la que nos ha hecho



caer en el desliz. Al buen sacerdote no se le oculta la fragilidad del corazón humano, y así es que no recibe nunca con la recriminación y con la aspereza sino que acoge con paternal dulzura al que se le acerca. Por otra parte, por más que el hombre se empeñe en ocultar sus culpas no logrará esconderlas á Dios que es el que debe juzgarle, y si las confiesa, este solo acto de humildad mueve la misericordia divina y la inclina á perdonar al pecador; pues la humildad es lo que más nos engrandece á los ojos del Señor.

Los saludables frutos que el sacramento de la Penitencia produce en todas las edades y situaciones de la vida son incomparables. El niño encuentra en el confesor un segundo padre que le dirige. Así que tiene idea del bien y del mal, se inclina naturalmente á uno ú otro camino según la dirección que se le dá, y según sus instintos. Si estos le arrastran al mal ¿quién podrá detenerlo? Si comete una falta no se atreve á decírsela á su padre por temor del castigo, por el rubor que le causa; pero al verse postrado ante un venerable sacerdote que en nombre de Dios le pide cuenta de sus actos, cuando ve que puede depositar en el alma del ministro del Señor, todos sus pecados, todas sus inclinaciones, todos sus pensamientos sin temor de que un imprudente le eche en cara sus debilidades, entonces le confía en secreto todo lo que piensa y todo lo que hace. El sacerdote le reprende con dulzura, le exhorta á seguir el camino de la virtud, le hace prometer que se apartará del vicio, y el niño sale del templo tranquilo; sin remordimientos de lo pasado, porque lleva consigo el perdón de Dios, y fuerte para el porvenir, porque las máximas de la religión que el sacerdote ha impreso en su alma, le servirán en adelante de escudo contra las tentaciones del mal.



Y en la juventud, cuando las pasiones se desencadenan con indecible furia ¡cuánto bien no hace la confesion! «Todos los hombres y hasta los filósofos, sean cuales fueren sus opiniones, dice Chateaubriand, han mirado el sacramento de la Penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduria. A no ser este saludable instituto, el culpable sucumbiria desesperado. En que regazo descargaria el peso de su corazon? ¿en el de su amigo? ¡Ay! ¿Quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Buscaria los desiertos como confidentes? Los desiertos retumban siempre amenazadores para el crimen con el éco de aquellas trompetas que el parricida Neron creia oir en derredor de la tumba de su madre. Cuando la naturaleza y los hombres se muestran desapiados, es mucho consuelo hallar un Dios siempre dispuesto á perdonarnos. Solo á la religion cristiana correspondia hermanar la inocencia y el arrepentimiento.

Al mismo tiempo que el jóven siente en su corazon la efervescencia de las pasiones, halla por do quiera mil escollos; profundos abismos á cuyo borde le arrastra el tentador perfume del placer. Entonces cuan fácil es dejarse llevar por sus encantos sin pensar que tras él está el vicio y la perdicion. ¡Cuando se ha dado el primer paso, el corazon no se halla aun pervertido: acaba de cometer un desliz cuya reparacion es muy fácil! El jóven comprende el mal que ha hecho; lo siente en lo íntimo de su alma; quisiera volver atras y buscar goces mas puros y mas duraderos; ve en lontananza la dulce y estasiadora calma que reina en el camino de la virtud, y observa el atronador bullicio y la triste algazara que se levanta del fondo del vicio. Quisiera retroceder pero se halla en una pendiente resbaladiza; necesitaria una mano



que le ayudara á apartarse de las tinieblas, y no se atreve á manifestar á nadie la situacion en que se halla. Si llama á un amigo, tal vez le empujará hácia el abismo en lugar de salvarle; tal vez se complacerá en publicar su pecado, y el jóven antes que sufrir que el mundo le señale con el dedo; antes que el rubor le haga bajar la frente á cada instante; antes que el sarcasmo y la burla le reprenda su primer desliz prefiere precipitarse en el fondo del precipicio y ocultarse en la noche del crimen. ¿Confesará á su padre las faltas cometidas? ¡ay! teme su severidad; teme que le eche en cara su vicioso proceder. ¿A quien acudirá pues en tan crítico momento? La religion le señala el único, y eficaz remedio: ella le tiende una mano poderosa y bienhechora que le arrancará *para siempre* del borde del abismo en que se halla, verdaderamente arrepentido se postrará ante ese tribunal sublime que juzga, pero perdona siempre. Allí sin mas testigos que un apóstol del Señor confesará á este su culpa. El sacerdote en nombre de Dios lamentará sus extravíos; le reprenderá con aquella dulzura, con aquel amoroso acento que solo posee el alma cristiana. Le mostrará el camino del mal que conduce al eterno sufrimiento, y el camino del bien que proporciona la dicha infinita. Finalmente le hará prometer, que solo la virtud tendrá imperio sobre su alma; que solo el amor á Dios y el amor al prójimo será el móvil de todas sus acciones, y que jamás se dejará arrastrar por el vicio. *Jamás, jamás!* exclamará el jóven profundamente conmovido ante tanta bondad, ante tanto amor. El sacerdote en tono solemne pronunciará estas sencillas pero sublimes palabras: *Te perdono todos tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,* y el jóven lleno de fé sentirá descender sobre su cabeza la bendicion del cielo.....



Un momento antes, una furiosa tempestad agitaba el alma del jóven pecador. El torbellino de las pasiones le arrastraba hácia el lago cenagoso y hediondo del vicio; el fulgoroso rayo del remordimiento le ponía de manifiesto todas sus faltas, y penetraba abrasador en el fondo de su conciencia: todo eran tinieblas. Pero la mas bella y dulce calma ha sucedido á la tempestad; el sol puro y brillante ha disipado por completo las tinieblas, ¿porqué? porque el jóven ha descargado en el seno de Dios el grave peso que le abrumaba: y Dios, siempre misericordioso, le ha tendido su mano salvadora, le ha arrancado del precipicio y le ha perdonado sus pasados errores. Mas aún: el jóven se sentia no ha mucho muy débil; se dejaba arrastrar por las pasiones, y le faltaba fuerza para contrarestarlas; pero ahora se siente fuerte y con aliento para rechazar todas las tentaciones que se le presenten. ¿Y porqué? porque Dios al perdonarle ha hecho descender sobre su alma un soplo de su gracia divina; soplo regenerador que le hará fuerte en la lucha, y le preservará del hálito embriagador y ponzoñoso del vicio.

La juventud halla, pues, en la confesion un bálsamo para las heridas de su alma, y una mano bienhechora que la aparta del mal y la conduce por el camino de la virtud. Muchos hombres cuya carrera no habria sido mas que una sucesion de crímenes, han logrado refrenar sus perversas inclinaciones acudiendo al Tribunal de la Penitencia. Así dice con muchísima razon el ilustrado Descuret, que: *si el secreto de la confesion permitiese á los sacerdotes revelar el número de atentados cuya ejecucion diariamente evitan, veríase que este número es infinitamente superior al ya espantoso que arrojan las estadísticas de la criminalidad.*



El mismo Rousseau no puede menos de esclamar: *¡cuantas restituciones y reparaciones no produce la Confesion entre los católicos!*

Y en verdad, despues de habersele perdonado todas sus faltas, ¿quien será tan ingrato que vuelva á cometerlas? Despues de haber jurado no faltar mas á Dios y al prójimo, ¿quien se atreverá á faltar á un juramento pronunciado solemnemente en presencia del Señor? ¿Quien se apreciará tan poco que quiera tener la debilidad de caer siempre en las mismas culpas? ¿Quien, siquiera por amor propio, no querrá librarse del rubor que causa el tener que confesar una grave falta?...

Triste seria la suerte del criminal cuando la justicia humana lo lleva al patíbulo, si la confesion no acudiera en su ayuda. Al ver que va á dejar el mundo y que le espera la Justicia Divina, se entregaria á la desesperacion, y este seria el único consuelo, si consuelo puede decirse, que le acompañaria en la hora de su muerte. Pero la religion cristiana, siempre sublime, acude á su lado y le dice: *espera, espera en la misericordia de Dios, dispuesto á perdonarte si tu arrepentimiento es sincero*. Este rayo de esperanza alumbra la ofuscada y tenebrosa imaginacion del reo; su alma despierta del profundo sueño en que yacia, y aquel corazon endurecido por el crimen, se conmueve, y vierte por primera vez un raudal de lágrimas que arranca de su seno el dolor, el arrepentimiento y el deseo de una dicha eterna. El reo cae de rodillas; confiesa sus pecados; y una voz que hace vibrar de pura alegria las fibras de su pecho, le dice: *Dios te perdona, hijo mio*. Hé aquí como ese criminal, ese hombre indomable cuya ferocidad escedia á la de la hiena, se convierte en un manso cordero. Acepta resignado el castigo que le impone la humana



jústicia; ya no siente dejar esta vida, porque columbra á lo lejos otra vida mejor. Se dirige al cadalso con paso humilde, pero firme y digno; alatido solo por el dolor del arrepentimiento, y así entrega su alma á Dios. ¡Tan grande es la influencia y el poder de la confesion!

No es lo menos para el moribundo. Próximo á dejar esta vida; próximo á comparecer ante el Juez Supremo, los recuerdos de lo pasado le atormentan y le abruma. Si su existencia se ha deslizado en medio de la disolucion y el placer, teme hallar cerradas las puertas del Paraiso; y si su alma es bella y justa, teme no haber hecho lo bastante para merecer la dicha eterna. Si es rico siente dejar aquel tesoro, aquellas riquezas que tantos desvelos le han costado; y si es pobre lamenta sus padecimientos y sufre por su esposa, y por sus hijos. Si es feliz quisiera á toda costa prolongar su vida para gozar; si es desgraciado maldice tal vez su existencia. Y en tan angustioso estado, ¿que consuelo hay capaz de mitigar el mal? Solo uno: la religion. El sacerdote acude al lecho del moribundo; este descarga el peso de su conciencia, y la tranquilidad renace en su alma. El sacerdote dice al pecador arrepentido: *espera en Dios, que te perdona*, y al justo le muestra ya el cielo abierto para recibirle. Muestra al rico la inutilidad de las riquezas para entrar en el reino de Dios, y le hace ver la vanidad de las vanidades mundanas; al pobre le enseña cuan agradable es al Señor la pobreza, y que esta sin duda le ha abierto el camino del cielo que sin ella hubiera tal vez abandonado: le convence ademas de que sus hijos no sufrirán, porque Dios no desampara nunca á sus criaturas. Al que ha gozado en la dicha terrena le demuestra cuan vana, cuan miserable, cuan infeliz es esta comparada con la eterna que le



aguarda: al desgraciado le manifiesta como todos los sufrimientos son otras tantas aureolas de gloria con que el Eterno nos premia en el cielo. Hé aquí como para todos hay consuelo; para todos hay perdón:

Ya que ese grave asunto nos ha conducido al lado del enfermo, del moribundo, preciso es que hagamos algunas observaciones acerca la influencia que ejerce en estos casos la confesion. Sabido es que cuando el médico, cumpliendo su deber, dá orden que se administren al enfermo los últimos Sacramentos, la familia del paciente se resiste siempre á decirselo, temiendo que esta noticia, poniéndole de manifiesto el estado grave en que se halla, apresure ú ocasione una muerte que sin esta causa se habria diferido, ó quizá no hubiera llegado. Cierto es que así ha sucedido alguna vez; pero ¿porqué razon? Porque como el Santo Viático no se administra sino en el último trance, cuando ya el médico desespera de la curacion del enfermo, claro está que al oír este que le hablan de confesion, sabe muy bien que es porque se halla en peligro de muerte, y el temor puede tal vez ocasionársela. De aquí proviene que muchas familias, por no causar semejante disgusto al enfermo, no le dicen nada y le dejan morir sin el consuelo de la religion, y muchas veces impenitente.

¿No podrian evitarse estos males? Si; se evitarian desde luego si no hubiese tanta negligencia en frecuentar los Sacramentos. Si los fieles acudiesen á recibir la sagrada Comunión una vez al mes siquiera, aun cuando la muerte viniese á sorprendernos y nos arrebatara repentinamente, nos hallaria preparados para recibirla, y al perder á un pariente ó amigo no nos quedaria ninguna duda, ningun temor acerca su futuro destino. Además, el que tuviese la santa costumbre de recibir



con frecuencia los Sacramentos, en caso de una grave enfermedad podría hablársele de confesion sin temor que estas palabras le afectasen, puesto que no se haria mas que recordarle su costumbre y aun seria fácil que por no faltar á ella el mismo enfermo lo pidiese.

Otro medio aún: ¿porqué desde el momento en que nos aqueja una enfermedad por poco que se considere grave, no se administran los Sacramentos? En este caso el enfermo se hallaria preparado por todo lo que pudiese suceder. Y á parte de esta gran ventaja ¡cuanto bien no reportaria la salud del paciente! La confesion devuelve la tranquilidad y el bienestar en su alma; le infundiria valor y fuerza para sufrir con paciencia y resignacion todos sus padecimientos, y fácil es preveer el influjo que este estado moral tendria sobre el cuerpo.

Sabido es que la religion, derramando la paz y la dicha en el alma atribulada, ha salvado á muchos enfermos de una muerte segura. Por esto Descuret se lamenta de que sean tan pocos los médicos que emplean la religion como auxiliar en el tratamiento de las enfermedades. *Conociendo, dice el citado doctor, el inmenso influjo de la moral en lo fisico, es llano entrever de cuan poderoso recurso sea esta verdadera medicina del alma, principalmente en muchas afecciones nerviosas que se resisten á los medios terapéuticos.*

La causa de esta falta, que nota Descuret, creemos verla en que los médicos, generalmente hablando, son demasiado fisiologistas. Estudian profundamente todas las partes que forman el cuerpo humano; pero hay algo mas en el hombre, que el escalpelo no puede hallar ni dividir para ser examinado: las facultades del alma, sus enfermedades, mas terribles que las del cuerpo, la influencia que ejercen sobre este, hé aquí lo que debiera



estudiarse, hé aquí lo que se estudia poco. *Faltan médicos del corazón*, como dice muy bien la apreciable autora de «El Ángel del Hogar,» *filósofos santos que hayan aprendido la difícil ciencia de leer en todos los dobleces del pensamiento y del alma.*

Además de que el origen de muchas enfermedades es puramente moral, es sabido que la fuerza de espíritu, acompañada de la calma, puede obrar una poderosa reacción en el cuerpo, y devolverle la salud y la vida; á la par que un abatimiento moral continuado arrastra al cuerpo á una muerte cierta. Muchos enfermos, mas que remedios físicos necesitarían medicinas para el alma, y estas solo se hallan en la religion. Véase pues como los Sacramentos podrian producir admirables resultados en las enfermedades, porque dando fuerza al espíritu, este obraria favorablemente sobre el cuerpo. Muchos ejemplos podrian confirmar esta verdad; y no podemos menos de citar uno que copiamos de la *Medicina de las Pasiones.*

«El doctor Tissot cuidaba, en Lausana, á una jóven estrangera de cuya vida desesperaba. Instruida, por imprudencia, de los peligros de su situacion, y hondamente pesarosa de dejar tan pronto esta vida, entregóse la enferma á todas las agitaciones de la mas violenta desesperacion. El célebre médico juzgó que aquel nuevo sacudimiento iba á acortar todavia mas el breve plazo que le quedaba de vida á la señorita; y, segun costumbre, previno á su familia que convenia darse prisa para hacerle administrar los socorros de la religion. Llamán á un sacerdote; la moribunda descarga el peso de su conciencia en el seno de aquel médico espiritual, y recibe con enternecimiento las palabras de clemencia y consuelo que salen de su boca. Restablecida un poco



la calma, no piensa ya mas que en Dios y en sus intereses eternos, y recibe los sacramentos con la mayor edificacion. Al dia siguiente, por la mañana, habia disminuido la calentura, y los síntomas alarmantes, enteramente disipados, hicieron pronto lugar á una perfecta curacion. Tissot, que era protestante, se complacia en referir á menudo este hecho cuyos ejemplares no son raros exclamando; *¡Cuanto es el poder de la confesion en los católicos.*»

Dedúcese de todo lo dicho, que si la confesion es un deber, religiosamente considerada, es tambien una necesidad moral y hasta cierto punto fisica, como lo prueba la esperiencia. Recomendada como indispensable la confesion lo queda tambien la Comunión, acto que procede inmediatamente al primero.

La Comunión, instituida por Jesucristo en la Cena al pronunciar aquellas divinas palabras; *Este es mi cuerpo*, es uno de los mas sublimes misterios de nuestra religion sacrosanta. Por medio de este Sacramento el hombre se une á Dios. El Espíritu celestial desciende sobre el alma de la criatura; la purifica y la fortalece contra las asechanzas del mal. Misterio augusta, divino, ante el cual hasta el misma Voltaire ha exclamado: «Hé aquí unos hombres que reciben en sí á Dios, en medio de una ceremonia augusta, al resplandor de cien cirios, despues de oír una música que ha embelesado sus sentidos, y al pié de un altar donde resplandece el oro. La imaginacion se siente avasallada y el alma enternecida; respírase con dificultad; el corazon se siente desprendido de los bienes terrenos, y se une con Dios que está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá á cometer ó podrá cometerla una sola falta, ni concebir tan solo el propósito de arrojarse á ella? Era imposible cier-



tamente imaginar un misterio que impeliese con mas eficacia á los hombres al ejercicio de la virtud.»

Cuando Voltaire se espresa con tanta vehemencia, ¿que podrá decir ante ese misterio un alma verdaderamente cristiana? Nada, absolutamente nada. No hará mas que sentir, y postrado adorar á Dios con todo el fuego del amor divino.

Que la Comunion es un bien moral se comprende fácilmente ¿Qué se requiere para recibirla? Que el arrepentimiento y el perdon hayan borrado las manchas que la culpa habia impreso en el alma de la criatura; que esta haya depuesto el ódio contra sus hermanos; que haya prometido solemnemente no apartarse un solo instante del camino de la virtud; se requiere, en fin, que el hombre se presente puro, perfecto. ¿Puede darse un acto mas moral, mas civilizador? ¿No debe suponerse que el fraude, tan escandalosamente propagado actualmente; el agiotaje, el escándalo y todos los vicios que roen y conmueven el edificio social, son debidos en su mayor parte al olvido de los Sacramentos de la Confesion y de la Comunion? No hay duda: el que recibe dignamente á Jesucristo no puede ser un malvado.

Concluiremos con esta sábia observacion que hace Chateaubriand: *Si un hombre se acercase dignamente una sola vez al mes al sacramento de la Eucaristía, seria necesariamente el mas virtuoso de cuantos pueblan la tierra. Haced extensivo este argumento de la individualidad á lo colectivo, esto es, del hombre al pueblo, y vereis que la Comunion es una legislacion entera.* (La Luz.)

---

PLASENCIA: IMPRENTA DE LOS MENORES DE RAMOS.